

## ***CARACTERÍSTICAS DE LA PROFECÍA: Revelación, Conocimiento, Profecía y Enseñanza.***

Profetizar es hablar de parte de Dios, o motivados por Dios. Si queremos profetizar en las reuniones de Iglesia, debemos aprender a usar nuestro espíritu. La profecía no es el resultado de un pensamiento que se nos venga a la mente, sino es hablar por una motivación del Espíritu. Cuando percibamos tal mover en nuestro espíritu, no callemos, digamos a la Iglesia lo que Dios nos está poniendo.

Si en una reunión un hermano dice algo de parte de Dios, cada uno de nosotros tenemos la responsabilidad de permanecer en esa fuente que Dios abrió, y profundizar en ello. Por el contrario, si alguien dice algo que no provoca Vida, o no se percibe que esa palabra nos va a llevar a un río de Dios, pues, dejemos el tiempo para que el Espíritu mueva a alguien más. El principal componente de las reuniones debe ser la profecía, entendiendo por profecía, toda palabra que tiene su origen en una motivación del Espíritu. Leamos los siguientes versos:

***1 Corintios 14:1 “Procurad alcanzar el amor; pero también desead ardientemente los dones espirituales, sobre todo que profeticéis”.***

***1 Corintios 14:6 “Ahora bien, hermanos, si yo voy a vosotros hablando en lenguas, ¿de qué provecho os seré a menos de que os hable por medio de revelación, o de conocimiento, o de profecía, o de enseñanza?”.***

El apóstol Pablo nos enseña que nuestro hablar en las reuniones debe tener, básicamente, cuatro cosas: Revelación, Conocimiento, Profecía y Enseñanza. Según el contexto de este capítulo, yo puedo resumir éstas cuatro cosas en dos aspectos generales: Lo primero, entender que la profecía viene por medio de la revelación, y lo segundo, que la enseñanza viene a través del conocimiento.

El mensaje profético aunque sea algo bíblico requiere una dosis de frescura que viene por medio de la revelación. En otras palabras, para profetizar necesitamos revelación, ésta es la llave que necesitamos para poder dar una profecía. Nadie puede profetizar en una reunión, a través de un canto, una palabra, etc. a menos que en ese momento lo impulse el Espíritu a hacerlo. En lo personal, a mi me ha sucedido que al estar en las reuniones de Iglesia, aunque tengo en mi computadora almacenados una gran cantidad de mensajes que nunca los he compartido, cada vez que sé que tengo que compartir me aflijo delante del Señor (tal como lo he hecho durante treinta años), y sé que aunque tengo cientos de bosquejos, no tengo el derecho de agarrar un mensaje al azar y compartir de eso. Yo he descubierto con el pasar del tiempo que, aunque tengo que prepararme siempre y llenarme de conocimiento, para poder profetizar necesito un impulso del Señor. Muchas veces, entre semana, Dios me ha hablado lo que tengo que predicar en alguna Iglesia, pero la experiencia me dicta que siempre debo esperar que, a la hora de la reunión, el Señor me vuelva a dar el “impulso” para profetizar. Esto es más o menos como la cocina de un chef, usted allí encontrará carne de res, carne de pollo, chorizos, frijoles, especias, verduras, etc. pero por muy buen cocinero que sea, no puede tener cocinadas todas las cosas. Un buen cocinero, aunque tenga guardado un poco de todo, saca lo que va a cocinar en el momento. Así debemos ser nosotros, debemos prepararnos, debemos tener conocimiento, debemos guardar la palabra que Dios nos habla en el día a día, pero al llegar a la reunión, debemos estar atentos a lo que el Espíritu quiere decir en ese momento a través de nosotros. Nosotros hemos cometido el error de dar siempre lo que hemos recibido durante la semana sin esperar un toque de revelación a lo que hemos de decir. El problema no es lo que hemos recibido y guardado, el problema es que no hemos sido sensibles para profetizar en las reuniones conforme al deseo del Señor.

La profecía debe tener la característica de la revelación que da el Espíritu Santo. La revelación no es recibir algo nuevo, sino es que *“el velo le sea quitado a algo de modo que se descubra”*, en

otras palabras, profetizamos cuando el Señor vuelve a iluminar lo que ya nos dio con anticipación. Por ejemplo, si a mí entre la semana me pasa un gran milagro, no necesariamente tengo que contarlo en la Iglesia, a menos que me venga la revelación (un toque fresco) del Espíritu Santo para profetizarlo en la Iglesia. Si ese milagro lo puedo percibir con tal grado de realidad, y unción, tal como me sucedió entre la semana, entonces, profetizo acerca de eso.

Por otro lado, en cuanto a la enseñanza, debemos exponerla en base al conocimiento. No tratemos de dar una enseñanza de aquello en lo que no hemos procurado el conocimiento. Seamos honestos, sensatos, y diligentes para alcanzar conocimiento. Si en algún momento queremos dar una enseñanza sin haber estudiado previamente, lo mejor será no decir nada.

Resumo todo lo dicho anteriormente con las siguientes palabras: *“El mensaje profético, aunque sea algo bíblico, requiere de una dosis de frescura que viene por medio de la revelación; la enseñanza requiere de una dosis de conocimiento que la obtenemos por medio del estudio y el aprendizaje bíblico”. ¡Amén!*